

INGLATERRA Y EL MERCADO COMUN

y II

Medio año después de la histórica declaración del general De Gaulle, que no sólo interrumpió bruscamente las conversaciones sobre la solicitud británica de entrada en la Comunidad Económica Europea, sino que dejó flotando pesadamente en una atmósfera de pesimismo, cuando no de consternación, el convencimiento de que la integración económica de los Seis había tropezado, como era inevitable que había de suceder algún día, con un obstáculo insuperable del todo, las perspectivas aparecen radicalmente cambiadas. O quizá fuese mejor decir que han vuelto a asumir la forma, en parte al menos, que iban adoptando con anterioridad a la ruptura de las negociaciones con Inglaterra.

«No estaría de más recordar que el comercio (de Inglaterra) con los Seis no cesó cuando las negociaciones de Bruselas se vinieron abajo», comenta *The Times* de Londres al llamar la atención sobre el interés, en estado de lento crecimiento, a pesar de un tropiezo de la naturaleza del sufrido en los primeros días de este año, de los fabricantes ingleses por un mercado de la importancia de la Comunidad Económica Europea, con 180 millones de consumidores.

Hay muchas maneras de medir la importancia de este mercado. Una de ellas: el fabuloso crecimiento de sus reservas en oro y divisas, que de 7.800 millones de dólares a fines de 1957, habían pasado a 16.800 millones de dólares a fines de 1962, con lo que habían dejado atrás a los Estados Unidos, cuyas reservas habían experimentado en el mismo espacio de tiempo una caída de 22.800 a 16.000 millones de dólares. La diferencia, que sería mucho mayor si se tuviesen en cuenta otros factores, como el de las deudas a corto plazo, o las cuentas de crédito con saldos fuertemente

favorables a muchos países de quienes son deudores los Estados Unidos, va camino de aumentar a pesar de los esfuerzos que se hacen por evitarlo. En el primer trimestre de este año, esas reservas de la C. E. E. habían experimentado otro aumento de 386 millones de dólares, mientras que las de los Estados Unidos habían sufrido un nuevo descenso, aunque pequeño, de 78 millones.

Y si el ritmo de expansión de la C. E. E. parece ir perdiendo algún impulso en los últimos tiempos—de un 5,2 por 100 en 1961 bajó a un 4,9 por 100 en 1962—, esto acaso se deba principalmente a factores tan especiales como una continuada y muy significativa falta de mano de obra en la mayoría, casi en la totalidad, de los países de la C. E. E. En el informe anual del Banco Internacional de Pagos, publicado en la primera decena del pasado junio, se llamaba la atención sobre la economía de la mayor y más poderosa potencia económica del mundo: los Estados Unidos, para advertir que «durante el pasado año había continuado estando afligida a la vez por un abultado margen de paro y por un serio déficit en la balanza de pagos sin experimentar mejoría alguna significativa en ninguno de ambos frentes».

En este medio año que ha transcurrido desde la declaración del presidente De Gaulle se han producido algunos acontecimientos de considerable importancia, que hacen pensar en que las cosas van volviendo a su cauce y, al hacerlo, ponen de manifiesto una situación general que es mucho menos catastrófica de lo que se había creído en un principio. Por el lado del Mercado Común o Comunidad Económica Europea (C. E. E.) se ha acordado—ha entrado en vigor—una nueva reducción de los derechos aduaneros para el comercio con artículos industriales, de 10 por 100, con lo que no sólo se lleva un adelanto de dos años y medio sobre el horario previsto en el Tratado de Roma, sino que se ha pasado ya de lo que simbólicamente pudiera ser considerado como *the point of no return*. ¿Cómo se podrá retroceder, sin que las consecuencias sean catastróficamente desquiciadoras para todos, cuando ya estos derechos aduaneros quedan, para el comercio interno entre los Seis en artículos industriales, en un 40 por 100 nada más de lo que eran al empezar el año de 1959?

Cuando ya se estaba a punto de dejar atrás la primera mitad de 1963, se firmó también, en Bruselas, el acuerdo de asociación de Turquía con la C. E. E., que está a falta todavía de los instrumentos de ratificación, que harán necesario que pase, en cualquier caso, algún tiempo más, pero esto carece de importancia, pues habrán de pasar también algunos años antes de

su efectiva entrada en vigor, y, algo que tiene una importancia aún mucho mayor, han vuelto a empezar en serio los trabajos encaminados a ir perfeccionando y completando una labor sin lo cual no podría haber, es evidente, la integración económica que establece el Tratado de Roma. Da todo esto un cierto sentido de apremio a la posición de Inglaterra y, desde luego, de los Estados Unidos, puesto que cada día cala un poco más hondo la impresión de que la posición de Inglaterra pudiera no ser igual si los Estados Unidos no estuviesen tan interesados en desviar a la C. E. E. de algunos, por lo menos, de los objetivos que persigue. La gran cuestión en pie no tiene bastante ya con las diferencias y antagonismos que separan a los Seis—a Francia principalmente, en este caso—de Inglaterra, sino que alcanza de lleno a las relaciones entre los Estados Unidos y los Seis. Cada día se acentúa más la impresión de que se trata del futuro de la Comunidad Atlántica que de la C. E. E., aun cuando sólo sea por algo cuya importancia no estaba en evidencia hasta ahora: que la C. E. E. va camino de convertirse en una fuerza económica—y política, por supuesto—tan desarrollada, tan poderosa, que no podrá conformarse con llenar funciones secundarias, de cualquier clase que sean. Pero la naturaleza de la Comunidad Atlántica es todavía distinta, una asociación de países organizada con fines esencialmente militares y en la que es forzoso—y ha de continuar siéndolo—que la igualdad entre sus miembros sea algo mucho más teórico que real. La desigualdad entre Islandia y los Estados Unidos es evidente, por grande que sea el empeño puesto en demostrar que un principio de igualdad absoluta es el ancho y sólido pilar que sustenta todo el sistema de la O. T. A. N., que es la base misma de la Comunidad Atlántica, y, en escala decreciente, hay desigualdad, por razones de superficie, de riqueza, de poder, entre unas potencias y otras, en las que se apoya necesariamente esa especie de regla que hace inevitable que, entre iguales, haya algunos que son más iguales que otros, eso cuya existencia se advirtió hace mucho tiempo y que ha hecho posible hablar de *primus inter pares*.

Pero, al menos en teoría, una situación así no podría darse en la C. E. E., una vez acabado el proceso de integración económica—y política, por supuesto—, ya que las partes integrantes que hoy todavía están luchando entre sí para influir de una manera u otra en el proceso de integración en curso, están llamadas a fusionarse en una sola unidad económica y, en definitiva, política también. La primera y llamativa consecuencia de esto sería dejar a los Estados Unidos en una posición realmente igual a la de la C. E. E. en el caso de ser posible la continuación de la Comunidad At-

lántica, una alianza cuyos rasgos básicos son militares, preciso es insistir en ello. Lo cual quiere decir que la posición de los Estados Unidos habría de sufrir enormemente. Tanto que podría llegar el momento en que la Comunidad Atlántica dejase de tener interés para los Estados Unidos.

Todo esto tiene un interés enorme, tanto que pudiera acabar convirtiéndose a la O. T. A. N. y a la Comunidad Atlántica en una pura ficción contra la cual se rebelase airadamente la potencia que hizo posible todo el orden de cosas que desembocó en la O. T. A. N., en la C. E. E. y en todo este orden estructural de una gran parte del mundo de la postguerra. Pero no es posible aquí más que dejar apuntado un aspecto de la cuestión que es fundamental y que tiene una importancia que es, en definitiva, incalculablemente superior a todo lo que pudiera resultar de la gran disputa surgida entre el general De Gaulle y la Gran Bretaña sobre las negociaciones para el ingreso de esta nación en la C. E. E. Ante todo, porque la actitud de Inglaterra—y su posición—tiende, ha tendido hasta ahora, por lo menos, a desviar a la C. E. E. del objeto de la integración económica para orientarla hacia finalidades preponderantemente comerciales, con lo que la posición de innegable supremacía de los Estados Unidos podría haberse mantenido indefinidamente. Es importante, es esencial, tener esto siempre en cuenta, pues de lo contrario habría momentos y situaciones en que no resultaría fácil comprender por qué la disputa entre De Gaulle y Edward Heath, el ministro británico que ha venido dirigiendo las conversaciones de Bruselas sobre la solicitud británica para el ingreso en la C. E. E., ha llegado tan lejos y ha alcanzado puntos de violencia extremada.

* * *

En este medio año que ha transcurrido desde el veto famoso del general De Gaulle, han ocurrido, sin embargo, cosas suficientes para pensar que el proceso de la C. E. E. sigue adelante y que la posición de Gran Bretaña continúa siendo, fundamentalmente, la misma que cuando se apartó de la mesa en torno a la cual se negoció el Tratado de Roma, que se repitió más tarde durante las dilatadas y penosas negociaciones en busca de una armonización imposible entre el proyecto británico—defendido entonces por Reginald Maudling, hoy una de las principales figuras del Gobierno inglés, elevada al importante puesto de canciller del *Exchequer*—de creación de una Zona de Libre Comercio y el empeño de los Seis en sacar adelante

el proyecto de la C. E. E., con la ayuda constante y decidida—hecho especialmente significativo—de los Estados Unidos, y que acabó, posteriormente, en una amenaza de guerra comercial y en la prisa con que Inglaterra propuso la creación de la E. F. T. A., esa Asociación Europea de Libre Comercio, cuya principal (única) finalidad es mantener un clima favorable para la negociación de Inglaterra con la C. E. E. en condiciones de igualdad.

Cada día está un poco más en evidencia la importancia que la C. E. E. tiene para la Gran Bretaña. Esto se afirmó una vez más durante la visita a Londres del profesor Walter Hallstein, presidente de la Comisión de la C. E. E., que está produciendo la impresión de haber dejado de ser un alemán para convertirse en el primer *eurócrata*, y de quien se esperaba allí una actitud más «comprensiva» para el punto de vista británico, sobre todo por tratarse de un alemán que tan identificado parecía haber estado con las corrientes que hicieron posible la sensacional recuperación económica y política de su patria y cuyo punto de apoyo fundamental es el mantenimiento de condiciones favorables para una expansión comercial continuada. Después de todo, en la Alemania Occidental parecía haber encontrado Inglaterra la actitud más inclinada a su favor en la lucha provocada por la decisión del general De Gaulle de interrumpir radicalmente las conversaciones sobre su entrada en la C. E. E.

Pero, Hallstein fué a dar consejos, no a infundir ánimo para que continuase el empeño británico a ganarse a los «cinco», los países asociados con Francia en la C. E. E.—la Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—para continuar la lucha, hasta el final victorioso, contra De Gaulle. A los que podían haber llegado al convencimiento de que los días de la C. E. E. estaban contados, porque sin Inglaterra—y, sobre todo, sin los Estados Unidos—acabarían siendo inútiles todos los esfuerzos de integración económica, advirtió el profesor Hallstein en esta ocasión (24 de mayo) que los acontecimientos que habían sucedido desde la ruptura de las negociaciones para el ingreso de Inglaterra habían demostrado ya que «el progreso no sólo es posible, sino que es en algunos sentidos inevitable».

No tendría el menor sentido, declaró, el que «Inglaterra mirase a un futuro en el que fuese un país miembro de la comunidad, si no fuese una empresa en marcha. Y si no lo fuese, esto sería, es más, un trastorno muy grave para todo el mundo occidental».

Parecía que la misión del profesor Hallstein no era mostrar simpatía hacia la posición de la Gran Bretaña. Era dar consejos nada más. Y advertir que «hemos (la C. E. E.) tenido trastornos antes y los tendremos más veces todavía. Pero el movimiento iniciado es algo demasiado grande para que sea posible detenerlo».

No faltó quien encontrase en las palabras del profesor Hallstein la respuesta a las que sólo el día anterior había pronunciado Mr. Heath en Aquisgrán, en el acto de serle entregado en la capital de Carlomagno, la ciudad imperial de la Edad Media, el Premio de Carlomagno, que tiene la aspiración de ser un testimonio de reconocimiento de los servicios inconfundibles prestados a la causa de Europa. Concedido a Mr. Heath en aquella ocasión, el Premio Carlomagno pudiera tener una significación nueva y quizá tremenda: la de servir a manera de condenación de la actitud que en relación con Inglaterra y el Mercado Común había adoptado De Gaulle.

En cualquier caso, ha habido algo más que alusiones a la situación que se había creado en Europa y, en realidad, en toda la región atlántica con el veto del general De Gaulle, de cuatro meses antes. Después de dar expresión a un sentimiento de humildad ante la magnitud excepcional de quienes antes que él habían recibido esta codiciada distinción, Mr. Heath pasó a hablar por sí mismo. Y a dar consejos no menos que a exponer propósitos en relación con lo que había hecho posible la distinción de que era objeto. Han podido no tener éxito las negociaciones que se habían venido celebrando hasta el 14 de enero anterior, pero «habían sido una aportación en no pequeña medida a la causa de la unidad Europea».

«Se han dejado sentir—añadió—tanto en la Comunidad como en Inglaterra... Millones de personas en Inglaterra se dan cuenta de que serán necesarios cambios en muchos aspectos de nuestra vida nacional si Inglaterra ha de ser miembro con todos los derechos y obligaciones. Estoy convencido de que están completamente preparados (los ingleses) para hacer esos cambios. Es más, algunos han sido hechos ya.»

Era mucho, sin embargo, lo que aún quedaba por hacer. «Me atrevo a decir—añadió el ministro británico—que será necesario un control democrático mayor si el ciudadano ha de tener la sensación de que en no sólo sus intereses estarán mejor servidos por una unidad europea más ancha, sino que también él ha de participar en el Gobierno. También en esto la aportación de Inglaterra podría tener su valor inapreciable.

«Seremos juzgados por la Historia no sólo por el éxito con que hayamos llegado a establecer una unidad más íntima en Europa, sino por las relaciones que nosotros en Europa consigamos establecer con el resto del mundo.»

* * *

Estaba claro hacia donde iba dirigida la atención de Mr. Heath. Como apenas hacía falta respuesta alguna para preguntas como un sobre la posibilidad de que la Europa del futuro pudiese actuar conjuntamente en lo político y militar si en lo económico se encontraba dividida en dos grupos: el de la C. E. E. y el de la E. F. T. A. Existe el peligro de que a la larga esto no sea posible, declaró Mr. Heath. Por lo tanto, «la moraleja es evidente».

Quedaba aún algo más importante: el veto que Francia había puesto a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común y que, según Mr. Heath, había puesto en evidencia dos conceptos contradictorios sobre el futuro de Europa.

Uno de ellos, el de Francia, sin duda alguna, es, dijo, el concepto de un pequeño grupo de naciones proteccionistas, que miran hacia adentro, separadas posiblemente de la Alianza Atlántica. El otro, el de Inglaterra, quiere una Europa Mayor, que mire hacia afuera y que forme una parte íntima de la Alianza Atlántica.

Los Estados Unidos, explicó el ministro inglés, han salido de la última guerra convertidos en una de las dos grandes potencias mundiales. «Con todo, algunos encuentran sólo un curso de fricción y disputa. Con toda seguridad, una Europa fuerte y con confianza en sí misma puede reconocer con generosidad el apoyo que aún recibe de otros.»

Inglaterra, por boca de Mr. Heath, en esta ocasión, continuaba dando la batalla a los que habían llegado a considerar como sus enemigos en el Mercado Común. Y lo hacía con las mismas armas y con los mismos métodos que había empleado hasta entonces, con tan poco éxito. Hasta que no se haya resuelto la gran cuestión que ha sido la causa de «una profunda división de política», declaró Mr. Heath, no se podrá alcanzar una mayor y necesaria unidad europea.

La situación a que se había llegado podía acabar siendo tanto más comprometida porque, sin tener una demostración clara de que hacía falta una decisión terminante y a corto plazo, en Inglaterra se corría el

grave riesgo de que, como algunos críticos venían sosteniendo, se perdiese el autobús. Desde luego—y esto sí que a la larga podía resultar peligroso para una Inglaterra asociada a la C. E. E.—, el profesor Hallstein pudo advertir que el aplazamiento de las negociaciones para la entrada de Inglaterra en el Mercado Común parecía estar muy lejos de conducir a la catástrofe económica que algunos habían asegurado que sería inevitable. El año pasado, las exportaciones de Inglaterra a los Seis habían alcanzado un valor sin precedentes: 2.189 millones de dólares, y arrojaban un balance comercial favorable a Inglaterra de 200 millones de dólares, un aspecto nada despreciable de la situación, en vista de la tendencia constante y regular de Inglaterra a importar más de lo que exporta a la gran mayoría de los países del mundo, los Estados Unidos en particular. En el período de 1958 a 1962, que es el período de constitución, hasta ahora, de la C. E. E., las exportaciones británicas a los Seis han experimentado un aumento del 72 por 100. En cambio, las exportaciones de los Seis a Inglaterra han subido, durante estos mismos años, a un ritmo mucho más lento, hasta ser en 1962 un 33 por 100 mayores que en 1958.

Hay razones poderosas, sin duda, para que Inglaterra muestre un gran interés por el Mercado Común. Especialmente cuando se piensa que son muy pocas las posibilidades de continuar ensanchando el mercado para sus productos en los Estados Unidos y en la misma Commonwealth. En líneas generales, el mercado para las exportaciones británicas en los países de la Commonwealth se va restringiendo por causas tan poderosas como el proceso de industrialización que busca ir cubriendo, en casi todas partes, las necesidades propias, única manera de establecer una situación de relativo equilibrio económico y, al mismo tiempo, de relativa independencia política también.

En cuanto a los Estados Unidos, la situación es más difícil, porque los Estados Unidos necesitan fomentar las exportaciones y contener o reducir las importaciones, con miras a reducir asimismo un gran déficit en su balanza de pagos, que se mantiene entre los 2.000 y los 3.000 millones de dólares anuales, a pesar de todos los esfuerzos que se hacen por evitarlo y a pesar también de que la balanza comercial es favorable para los Estados Unidos por un total que tiende a subir hacia los 6.000 millones, una cifra realmente exagerada.

* * *

Aquel veto del general De Gaulle creó una situación que pareció ser mucho más grave por ser tanta la emoción producida por algo que no sólo era inesperado, sino que parecía completamente imposible. Pero, eso es, casi del todo, una cuestión del pasado. Como dijo un corresponsal norteamericano, «el orgullo herido se tradujo en lágrimas y en mucho rechinar de dientes. Hasta los que no habían sido partidarios entusiastas de la entrada de Inglaterra (en el Mercado Común)—y había muchos—estaban indignados. ¿Quién era De Gaulle para comportarse de esa manera con Inglaterra, la tierra que le había socorrido durante la segunda guerra mundial?»

Pero, ¿a qué continuar planteando la cuestión en esos o parecidos términos, especialmente en vista de la tendencia irreprímible de la C. E. E. a seguir su camino, con paso más lento, en el caso de no quedar otro remedio, pero sin perder de vista la meta de la integración económica y, es más, la integración política también, porque el profesor Hallstein no dejaba de repetir aquello de «nuestro negocio es la política»? Claro que había dificultades y las seguiría habiendo. Se pusieron de manifiesto apenas empezaron las negociaciones que terminaron en la firma del Tratado de Roma y volvieron a surgir una y otra vez. Los objetivos finales eran fantásticamente ambiciosos, pero antes de llegar hasta ellos, era forzoso marchar por caminos cuajados de obstáculos, algunos de ellos realmente importantes; pero, como advirtió *The Times* de Londres en un comentario editorial, en «visperas de la terminación del Tratado de Roma, por ejemplo, los Seis se encontraron muy preocupados sobre los méritos del comercio de plátanos. Después, Inglaterra y los Seis se vieron envueltos, en un momento crítico, en la cuestión de la carne de canguro».

Aquello podía parecer ridículo, quizá grotesco, pero, si bien se piensa, las cuestiones de detalle tienen, por pequeñas que sean o parezcan ser, una importancia excepcional y crítica en un momento dado, y después de todo, ¿qué sería de las grandes ideas si para su realización no se hubiese de hacer frente a cuestiones de detalles, grandes y pequeños, que son tantas veces de un interés supremo para la vida de los pueblos no menos que de las naciones? Si el Mercado Común no tuviese algo de interés concreto para Luxemburgo y para Francia, ¿podía esperarse de veras en que llegase alguna vez a convertirse en una realidad?

Antes de tropezar con el veto del general De Gaulle, había habido momentos difíciles en las negociaciones de Inglaterra con los Seis, por la

carne de canguro, por el precio de la avena, por las importaciones de pescado en lata. Los había habido, es más, y continúa habiéndolos entre los Seis, porque en una situación como ésta, siempre existe la posibilidad de que lo que es beneficioso para unos, pudiera no ser beneficioso para otros, y en algunas ocasiones pudiera hasta serles perjudicial. Por lo tanto, el entusiasmo de unos en favor de algo puede y suele tropezar con la indiferencia y hasta con la oposición decidida de otros.

Cuando se piensa en la enorme variedad y complejidad de los factores que entran en juego en un proceso de integración económica como el que está en marcha entre los Seis, lo que es motivo de sorpresa real es que haya llegado en tan poco tiempo a un punto que hace muy difícil el dar marcha atrás. Para que la integración económica sea una realidad hace falta mucho más que la eliminación de las barreras comerciales entre los Seis. Hacen falta cosas como la uniformidad en materia de jornales, legislación social, pensiones, transportes, subvenciones y así sucesivamente. Hace falta a menudo una reforma radical de leyes y disposiciones, sobre los derechos de la propiedad, sobre la enseñanza, sobre las inversiones de capital y mil cosas más. Por estos días se ha hablado mucho, por ejemplo, de los intentos que se vienen haciendo por coordinar los mercados de valores europeos, porque es fuerte la tendencia hacia unas relaciones mayores y mejores en todos los sentidos y porque se van acentuando más y más los esfuerzos decididos de Francia por convertir a París en la capital financiera de la C. E. E. Para encontrarse con muchas y a veces enormes diferencias en los derechos y pagos a que se ha de hacer frente cuando se trata de obtener recursos en los mercados financieros. *The Times* de Londres publicó con este motivo un cuadro comparativo que pone bien de manifiesto la existencia de diferencias mayores o menores y en estas cosas siempre importantes entre el costo que supone la obtención de dinero en un mercado u otro, que a veces representa una carga adicional de un 2 y hasta un 3 por 100 anual. Y a esto ha de añadirse, por supuesto, el interés anual convenido por el uso de un capital que no es propio.

Para dar una idea de lo que esto supone, vale la pena reproducir este cuadro, en el que figuran los principales países del Mercado Común y alguno más.

INGLATERRA Y EL MERCADO COMÚN

PAISES	GASTOS FIJOS ¹		GASTOS PERIODICOS ²	GASTOS TOTALES ²
	SUSCRIPCION, ETC.	IMPUESTOS		
	%	%	% anual	% anual
Estados Unidos... ..	1,1	—	—	0,2
Inglaterra	2,0	0,3	0,04	0,3
Suiza	2,5	0,6	0,04	0,4
Suecia	2,0	0,6	0,1	0,4
Canadá	3,3	0,2	—	0,5
Austria	2,3	1,0	0,03	0,5
Holanda	2,5	0,7	0,05	0,5
Bélgica	3,0	0,7	0,12	0,6
Alemania	2,5	2,5	0,14	0,9
Francia	5,0	0,5	0,88	2,0
Italia	1,7	0,1	2,22	2,7

¹ Por ciento del importe nominal del empréstito.

² Por ciento del importe nominal del impuesto al año (excluido el interés).

Diferencias como éstas entorpecen, en el mejor de los casos, el movimiento de capitales, que es una de las cosas que habrán de tener una libertad plena para moverse de un sitio para otro, entre los Seis. Sin igualdad de condiciones para ello, esta libertad es, cuando se habla de ella, pura ficción. Igual sucede con todas las cosas. Con la agricultura, por ejemplo, que es de lo que más se ha hablado y lo que parece, en una forma u otra, haber sido la razón fundamental del tropiezo que ha tenido el esfuerzo inglés por entrar a formar parte de la C. E. E. No ha sido esa la razón fundamental—la causa del veto del general De Gaulle es de naturaleza política mucho más que económica—, pero es tanto lo que de ello se ha hablado, que parece necesario decir algo sobre una cuestión que está llamada a ejercer una gran influencia, quizá hasta una influencia decisiva, en la marcha de las relaciones europeas y, a la larga, las internacionales también, como se ha puesto de manifiesto al advertir el enorme interés de los Estados Unidos en la entrada de Inglaterra en la C. E. E. y la presión que se viene ejerciendo contra lo que se insiste en calificar como «el proteccionismo excesivo del Mercado Común», que ha puesto en peligro cosas como las provechosas exportaciones de pollos norteamericanos.

* * *

La agricultura está de actualidad casi por todas partes y en defensa de la protección que el Gobierno inglés concede a sus campesinos se ha alzado un estado de opinión inglés en contra de la entrada en el Mercado Común sin concesiones específicas en materia de cuotas, derechos aduaneros y otras cosas; es ya tan estruendosamente activo, que en momentos pudo haberse confundido con el sentir unánime de la población.

No es Inglaterra un país único en materia de protección al campesino. El campesino, tradicionalmente abandonado, sin más defensa que sus propios recursos e iniciativa contra unas condiciones que no siempre están de su lado, goza ahora de alguna forma de ayuda y amparo en casi todos los países del mundo. Por razones especiales—la crítica situación alimenticia, sobre todo, en que se encontró Inglaterra en el curso de dos guerras mundiales, a causa de la necesidad de importar una gran parte de los artículos de consumo básicos—la protección con que cuenta el campesino inglés es muy importante. Y va camino de aumentar de año en año, hasta el punto de quedar convertida en uno de los capítulos principales de gastos de la nación. En el año financiero de 1960-1961, el costo de la ayuda que se presta al campesino inglés subió a 263 millones de libras esterlinas, y para cuando termine el año financiero en curso se calcula que no bajará de 364 millones de libras, ¡bastante más de 60.000 millones de pesetas!

A lord Salter se le acusó de haber hablado en actitud francamente peyorativa del «campesino que se puede permitir el lujo de viajar en un Rolls-Royce», pero algo de anormal tiene una situación de la cual dijo: «En 1961-62 la suma pagada en concepto de apoyo directo de los precios al campesino inglés representó más de la mitad de la totalidad de los ingresos netos calculados para ese año. Y si se tienen en cuenta otras formas de subsidio, el total sube al 83 por 100.» De hecho, en una sociedad libre, asentada en el régimen de propiedad privada, el campesino depende del Estado casi tanto, como campesino, no como ser humano, como el campesino soviético.

En Inglaterra, al igual que en los Estados Unidos, en la Alemania Occidental y en otros países, el costo de la protección y ayuda al campesino va en aumento a pesar de haber desaparecido todas o casi todas las razones en que se apoyó el comienzo de unos programas que con los presupuestos de las fuerzas armadas, las pensiones militares y los seguros sociales, han acabado por convertir en una de las cargas principales que tiene que llevar a espaldas el contribuyente de la mayor parte de los países del mundo.

Las condiciones y las razones fundamentales de semejante estado de cosas, terminaron hace tiempo, pero no las consecuencias. Gracias a la fuerte protección que se concede al campesino inglés, la producción de trigo de Inglaterra ha pasado en los últimos cinco años de 2.700.000 a 3.600.000 toneladas, y la de cebada, de tres millones a 5.800.000 toneladas. Normalmente, una situación así debería traducirse en una tendencia clara a la baja en los precios. Como así ha sido, en realidad. Para aumentar la preocupación del ministro de Hacienda, que ha tenido que disponer de mayores recursos, para aumentar la subvención a los cosecheros de trigo y cebada. Los 64 millones de libras destinados a este fin en el año financiero de 1962-63 suben ya a 83 millones de libras para el año fiscal en curso.

Y lo que pasa con el trigo y la cebada, pasa con los cerdos, que llegan al mercado a razón de unos 12.500.000 al año, en vez del tope máximo de 10.300.000 a 10.800.000 que figuraba en el anterior programa de ayuda al campesino. A mayor abundancia, mayor flojedad en los precios, y como los cálculos que hace el campesino sobre el precio de coste—y el margen de beneficios—acusan una tendencia al alza más bien que a la disminución, es necesario cargar sobre el contribuyente la diferencia, una diferencia que se va haciendo mayor y más pesada con el paso del tiempo.

El sistema inglés es a menudo diferente del adoptado por otros países. Con el deseo de mantener unas condiciones generalmente favorables a la competencia y, por consiguiente, a una adaptación considerable de los precios a las condiciones del mercado, la ayuda al campesino se hace generalmente sobre la base de la diferencia que existe entre el precio de su producto en el mercado y el precio que se calcula el campesino debería recibir para cubrir los gastos y percibir un margen «razonable» de beneficio.

Es un método que favorece al consumidor y que algunos economistas consideran más equitativo que el opuesto, cuando el costo de los programas de ayuda al campesino se reflejan inmediatamente en un aumento proporcionado en el precio de los artículos. Pero la C. E. E., cuyo propósito proclamado es ir reduciendo gradualmente el costo de estos programas de ayuda y subsidio, no acepta el sistema inglés. En un principio, se pidió el abandono inmediato del régimen de subsidios como condición básica para el ingreso en la C. E. E., pero posteriormente se suavizó un poco esta actitud, al fijarse plazos de adaptación.

La resistencia del campesino inglés a la entrada de su país en el Mercado Común ha sido general y muy decidida. El hecho de contar con fuertes

organizaciones para su protección y defensa—una de cuyas misiones esenciales es facilitar el funcionamiento eficaz del sistema oficial de ayudas y subvenciones—ha servido para reforzar mucho la fuerza política del campesino, que a pesar de forma una minoría relativamente pequeña de la población, no superior ya a un 15 por 100, da la impresión de ser un factor esencial, acaso decisivo, en casi todos los distritos electorales que no son abrumadamente urbanos. En Inglaterra—y en otros países también, en mayor o menor grado—el campesino se halla movilizado para la defensa política de unos programas que ya le dan la categoría de ciudadano privilegiado. Sólo un ciudadano privilegiado puede hacer lo que está haciendo el campesino en muchos países, llegando a crear situaciones realmente delicadas, como cuando sale a la calle para regarla con miles y miles de litros de leche, o para cubrirla con toneladas de alcachofas, o para levantar barricadas en las carreteras con los aperos de labranza y cortar el tráfico, o para, es más, coger la vara de un arado de estilo romano y hacer saltar las puertas de un Juzgado o un Ayuntamiento, al estilo de los guerreros antiguos en las acciones de asalto contra la puerta de un castillo.

* * *

Por causa de la agricultura se han alargado mucho las negociaciones sobre la solicitud de Inglaterra, por causa de la agricultura principalmente se están enfriando mucho las relaciones de los Estados Unidos con el Mercado Común y por causa de la agricultura no avanza con mayor rapidez el proceso de integración económica de los Seis. La «política agrícola común» de los Seis «amenaza con hacer más difícil para los campesinos de los Estados Unidos el deseado aumento en las ventas de sus productos por los países del Mercado Común Europeo», dice un informe de la gran empresa bancaria de Nueva York, *The Morgan Guaranty*. Es una situación delicada porque «la agricultura norteamericana depende más de las ventas al exterior que la economía de los Estados Unidos en su totalidad. Las exportaciones totales de los Estados Unidos representan menos del 4 por 100 del producto nacional bruto, pero alrededor del 15 por 100 de todas las ventas de productos agrícolas (de los Estados Unidos) se hacen el exterior. El valor aproximado de 5.000 millones de dólares anuales de las exportaciones agrícolas sube a casi la cuarta parte de todas las exportaciones norteamericanas».

Se dice que la actitud de los Estados Unidos hacia el Mercado Común Europeo, en un tiempo tan decididamente favorable que sin ello es muy

posible que su formación hubiese tropezado con mayores dificultades, se va endureciendo. Apenas podría ser de otra manera. Así está, para confirmarlo, la espectacular—y un poco grotesca—«guerra de los pollos», que ha echado por el suelo unas ventas de pollos a Europa que se hacían subir a unos 60 millones de dólares, en su mayor parte a la Alemania Occidental y que han concluido casi del todo al subir los derechos aduaneros en este país de 5 a 13 centavos (de 3 a 7,8 pesetas) la libra. Ante las amenazas de represalias y las perspectivas de un atasco general en las negociaciones del G. A. T. T. (Acuerdo General de Aduanas y Comercio) en Ginebra, se hizo una revisión muy pequeña, de poco más de un centavo la libra, lo que para los Estados Unidos resulta completa, totalmente insatisfactorio. O la Europa de los Seis da facilidades para la importación de pollos o acaba produciéndose una situación de tirantez de relaciones como no se ha conocido en mucho tiempo, desde antes de la segunda guerra mundial, por lo menos. Pero hay cosas de mucha mayor importancia todavía, porque ese comercio de los pollos es algo enteramente nuevo y ya se vislumbran peligros muy graves para cosas como el trigo y el maíz, los granos que formaban, con el algodón, el tabaco y alguna otra cosa, la base de las exportaciones de productos agrícolas a una parte de Europa que compra pagando en dólares o en marcos, que se cotizan a precios bastantes mejores que los del dólar.

Cuesta trabajo sacar adelante la «política agrícola común» de los Seis, pero por los Estados Unidos se tiene el convencimiento de que en esto se marcha con demasiada prisa y con una decisión que se ha hecho merecedora de toda clase de censuras. En virtud de unos reajustes que entraron en vigor el 30 de julio del año pasado, los derechos aduaneros que pagan algunos cereales norteamericanos importados por la Alemania Occidental han experimentado aumentos considerables. Los del trigo han pasado de 42,50 a 61,25 dólares; los del maíz, de 46,05 a 55,20; los de la cebada, de 35,69 a 49,40, y los del sorgo, de 45,84 a 55,15 dólares la tonelada métrica. Con razón temen los Estados Unidos que peligre el mejor mercado que existe para sus exportaciones de cereales.

* * *

A causa de la ruptura con Inglaterra, que ha encontrado oposición muy fuerte en los demás países, en la Alemania Occidental, sobre todo, se ha endurecido la resistencia de algunos miembros de la C. E. E. al desarrollo

de la política agrícola común y, en consecuencia, a la adopción de un programa general y uniforme de precios para los productos básicos y de normas uniformes para el movimiento de estos artículos de un país a otro, dentro del Mercado Común, así como para las importaciones que se efectúan desde terceros países. Pero la tendencia es clara y de esta tendencia apenas puede salir otra cosa que la gradual exclusión de muchas importaciones de productos agrícolas extranjeros, cereales en particular, en beneficio de las cosechas francesas, con posibilidades enormes de aumento.

La mayor resistencia, hasta ahora, dentro de los Seis, es de la Alemania Occidental. Es una resistencia justificada por razones de política interior, de la política de protección extremada del campesino alemán y cuyas consecuencias son unos precios uniformemente altos, los más altos de los países de la C. E. E. El veto francés a la entrada de Inglaterra en la C. E. E. ha dado a la Alemania Occidental un argumento poderoso para afirmarse en su política de resistencia a la presión constante de Francia en favor de un programa de reducciones graduales y regulares en los precios de los productos agrícolas, que de adoptarse—como habrá de suceder en el caso de que la C. E. E. acabe siendo una realidad para dentro de unos pocos años—supondría ni más ni menos que la ruina para el campesino alemán y una gran prosperidad para el campesino francés. Esto sería lógico, dadas las condiciones y extensión del suelo productor de uno y otro país, pero la lógica es lo que menos suele tenerse en cuenta cuando de ello pueden desprenderse consecuencias ruinosas. De aquí la resistencia de la Alemania Occidental, apoyada ahora vigorosamente en la necesidad de facilitar el desarrollo constante de los mercados para su creciente producción industrial y para lo cual se considera indispensable la entrada de Inglaterra en la C. E. E. y la creación, es más, de condiciones muy favorables para el sostenido crecimiento de las relaciones comerciales con el resto del mundo, con los Estados Unidos en particular. En vez de importar trigo y cebada de Francia única y principalmente, ¿por qué no importar también de Inglaterra, de los Estados Unidos, de todos los sitios donde haya producción y buenas perspectivas de importación de algo de lo mucho que está saliendo del vasto y moderno sistema industrial de la República Federal Alemana?

Los Estados Unidos siguen con mucho interés el desarrollo de los acontecimientos y se han convertido ya en un factor importante en las negociaciones, aun cuando no siempre su acción sea directa. La propuesta de adoptar una reducción «lineal» en los derechos aduaneros del 50 por 100 podría tener una influencia enorme, acaso decisiva, en el momento de dar

INGLATERRA Y EL MERCADO COMÚN

forma definitiva a la política agrícola común de los Seis. Con una política común y precios relativamente altos, la posición de Francia se vería muy favorecida. Pero los precios altos no se podrían sostener sin el apoyo de protecciones aduaneras adecuadas.

Francia hubiera querido que toda esta cuestión quedase ultimada antes de que las conversaciones del G. A. T. T. entrasen en una fase definitiva. Es más, empieza a perfilarse con claridad una actitud que hace pensar en que Francia considera necesario el avance decidido por este lado antes de que sean posibles progresos efectivos en otras direcciones, dentro y fuera de la C. E. E. Por eso se había insistido mucho en la aprobación de la nueva escala de precios tope nacionales para cada uno de los países de la C. E. E., preparada por la Comisión y cuya finalidad no es otra que ir aproximándolos hacia niveles comunes. Estos precios por tonelada y en marcos serían, para dos granos importantes, como sigue:

PAISES	CEBADA		TRIGO BLANDO	
	AÑO DE LA COSECHA		AÑO DE LA COSECHA	
	1962-63	1963-64	1962-63	1963-64
Alemania	412	400	475,5	468
Luxemburgo	347,2	347,2	468	444,4
Bélgica	347,2	347,2	410,4	406,22
Holanda	316,57	333,33	367,96	390,05
Francia	315,9	337,14	388,73	388,73
Italia	265,6	292	441,6	424

Hay dificultades, y muchas, sin duda. Hay, es más, dificultades que no siempre se quisieran ver eliminadas. «En cierto modo—comentó hace poco el secretario de Agricultura de los Estados Unidos, Orville Freeman—, nosotros tenemos la impresión de que el camino que lleven los pollos es el que llevarán todas nuestras perspectivas comerciales. Creemos que debemos hacer frente al reto (del aumento de los derechos aduaneros) que se hace a nuestro comercio de aves, no sólo por razón de los méritos de la cuestión en sí, sino por la importancia simbólica que tiene para todo nuestro comercio de productos agrícolas.»

Es una cuestión de importancia capital, para Inglaterra, para los Estados Unidos, para todo el mundo casi. Los países del bloque soviético han formado una organización especial, para hacer frente precisamente a una situación que ha cambiado mucho y continúa cambiando, en vista de que

los ataques contra la C. E. E. aún no se han traducido en hechos prácticos. Se trata de reforzar sus propias posiciones y se buscan mejores relaciones comerciales con algunos países de la Europa occidental. El viaje hecho a Moscú y Varsovia por el director general de Krupp, *herr* Berthold Beitz, parece haber encontrado un clima propicio al mantenimiento de mejores relaciones comerciales, a pesar del mal efecto que produjo la decisión de interrumpir las exportaciones de tubería de acero para la construcción de grandes oleoductos, por imposición norteamericana. El comercio de la Alemania Occidental con el bloque comunista no es importante. Alcanzó el año pasado un valor de alrededor de los 1.000 millones de dólares, sólo el 4 por 100 del comercio exterior total de la República Federal Alemana, y de éstos, 400 millones de dólares representan el valor del comercio con la Unión Soviética. Pero cuando un comercio de esta naturaleza se mantiene a niveles tan bajos, apenas existe otra posibilidad de cambio que la que apunte hacia arriba. Y las perspectivas en estos momentos son de cambio.

* * *

Algo por el estilo sucede en las relaciones comerciales entre Inglaterra y la Unión Soviética. Todo o casi todo hace pensar en la posibilidad de unas relaciones en estado de gradual y quizá hasta fuerte mejoría. Una delegación industrial inglesa volvió de una visita a la Unión Soviética con la esperanza de realizar muy buenos negocios en el futuro. Mucho depende de que Inglaterra importe algún petróleo de la Unión Soviética. Se habla de contratos de construcción de barcos pesqueros por valor de unos 30 millones de libras y en la entrevista que Harold Wilson, el dirigente laborista, ha tenido con Jrushev, se habló en líneas generales (y nada precisas) de la exportación británica de todo lo necesario para montar una inmensa refinería de petróleo a un costo por encima de los 100 millones de libras.

En el comercio con la U. R. S. S. y con China podría Inglaterra encontrar alguna compensación, de momento al menos, al estado de parálisis en que se encuentran sus gestiones para ingresar en la C. E. E. Las perspectivas para los Estados Unidos son mucho menos estimuladoras, sin embargo. Los Estados Unidos se niegan a mantener buenas relaciones comerciales con la U. R. S. S. y con China y no parecen ser grandes las posibilidades que el Mercado Común Europeo ofrece para un aumento continuado de las importaciones norteamericanas.

Se ha llegado, en cualquier caso, como consecuencia de la actitud adop-

tada por el general De Gaulle, a lo que *The Economist* de Londres califica como un «reto al gran diseño de la unidad occidental, paralizador o estimulante en potencia, que encuentra a los norteamericanos e ingleses, en esta etapa, en la busca vacilante de alguna salida». Es algo que, a la larga, está llamado a tener consecuencias políticas, acaso de mucha mayor importancia que las consecuencias económicas, cualesquiera que éstas pudiesen ser, porque el resultado inevitable de la creación del Mercado Común será un aumento extraordinario del poder adquisitivo no menos que de la producción y el desarrollo económico en general, y hasta ahora siempre que se ha producido fenómenos de esta naturaleza, el impulso recibido por el comercio internacional ha sido extraordinario y con frecuencia sensacional. Hasta ahora, las relaciones comerciales de Inglaterra y los Estados Unidos con los Seis han ido en aumento y es poco probable que esta tendencia sufra fuertes modificaciones desfavorables. Habrá cambios, sin duda, incluso cambios desfavorables, como los que la «guerra de los pollos» ha tenido hasta ahora para los exportadores norteamericanos, pero que tendrán posiblemente amplia y muy ventajosa compensación por otras partes.

Mayor, mucho mayor, será la consecuencia probable para el estado actual de las relaciones políticas en lo que se ha dado por llamar la Comunidad Atlántica, cuya expresión más precisa—casi la única—es la O. T. A. N. No hace mucho todavía que el canciller del *Exchequer*, Reginald Maudling, advirtió que la ruptura de las negociaciones de Bruselas sobre la entrada de Inglaterra en la C. E. E. «no ha tenido malos efectos» sobre la capacidad de la economía británica para la expansión. Pero los efectos políticos han sido francamente malos y existe la posibilidad de que no hayan terminado todavía.

Han tenido que pasar meses preciosos para que se fuese haciendo general la impresión de que las dificultades con que se tropieza son mucho más políticas que económicas, aun cuando la economía tenga una importancia fundamental. «Cuando buscamos las razones reales—dice Paul-Henri Spaak en un artículo publicado en *Foreign Affairs*—, no creó que nadie pueda negar hoy que el acuerdo de Nassau entre Inglaterra y los Estados Unidos (que anunció la suspensión del proyectil «Skybolt») ha sido la causa fundamental de la decisión del general De Gaulle.»

Por razones políticas mucho más que económicas, ha estado haciendo Inglaterra todo lo posible, desde dentro de la Unión Europea Occidental, la O. T. A. N. y otras organizaciones, por influir decididamente sobre los aliados y asociados de Francia, para obligar al general De Gaulle a cambiar de

actitud. Tan decidido ha sido el empeño puesto en ello, que a veces parece haberse perdido ese contacto con la realidad que ha convertido a la C. E. E. en un proceso que seguramente ha adelantado demasiado para que sea posible la marcha atrás. Ni siquiera una paralización de carácter definitivo. Al menos sin que se produzcan consecuencias realmente catastróficas. Una confirmación de ello está en el renovado empeño de algunas grandes empresas británicas por establecer sucursales o negociar acuerdos de cooperación en los países de la C. E. E., porque eso es ya indispensable para la debida protección de sus intereses.

En su último libro, *The Supreme Choice: Britain and Europe*, Drew Middleton, uno de los corresponsales norteamericanos de más larga y continuada residencia en Europa, habla con elocuencia de la necesidad de una «gran Europa», que podría muy bien representar «el peligro verdadero para la Unión Soviética», y que necesariamente había de incluir no sólo a Inglaterra, sino a los Estados Unidos. «La gran Europa del futuro—añade—será tan esencial, económica y políticamente, para los Estados Unidos, como los Estados Unidos serán esenciales para ella militarmente.»

En un discurso pronunciado hace poco por Mr. Heath en la Asamblea de la Unión Europea Occidental, el hombre que presidió del lado británico las negociaciones interrumpidas por el general De Gaulle, declaró:

«El desarrollo de la cooperación política y militar con los asociados de la Europa continental continuará siendo el objetivo principal de la política británica. Nosotros continuamos siendo siempre aliados y sólo así podrá la Europa occidental asumir la responsabilidad que le corresponde en la Alianza Occidental en sus relaciones con los países subdesarrollados. Y sólo así Europa podrá ejercer alguna influencia en los asuntos mundiales. El Reino Unido está dispuesto a prestar su propia aportación. Yo espero que con nuestros aliados de la Unión Europea Occidental nos será posible alcanzar unos objetivos comunes.»

Pero la Unión Europea Occidental nació—o renació—en unas circunstancias muy especiales, en el momento mismo de naufragar, en la Asamblea Nacional francesa, aquella Comunidad Defensiva Europea en cuya formación tanto habían trabajado los Estados Unidos e Inglaterra. Para que no todo fuese un panorama de ruinas después de la promesa de Mr. Dulles de ir a una *agonizing reappraisal*, Anthony Eden—hoy lord Avon—tuvo la gran idea de reanimar una organización de la que ya nadie se acordaba.

Pero lo que salvó una hora de crisis, ¿podrá salvar otra que tiene mucho de repetición, aunque en condiciones muy agravadas y agudizadas?

Por lo pronto ya se ha tomado el acuerdo formal de reanudar el diálogo directo, oficial, entre Inglaterra y los Seis, representados por la Comisión de la C. E. E., en reuniones periódicas—cada trimestre—y a través de la U. E. O. Pudiera significar mucho o muy poco. Pero hay indicios de que es posible algún progreso en las negociaciones, hasta ahora difíciles, sobre los precios de los cereales, sigue el proceso, tan rápido, de reducción de los derechos aduaneros, y se restablece el diálogo directo con Inglaterra. La marcha interrumpida por De Gaulle se ha reanudado.

JACINTO MERCADAL.